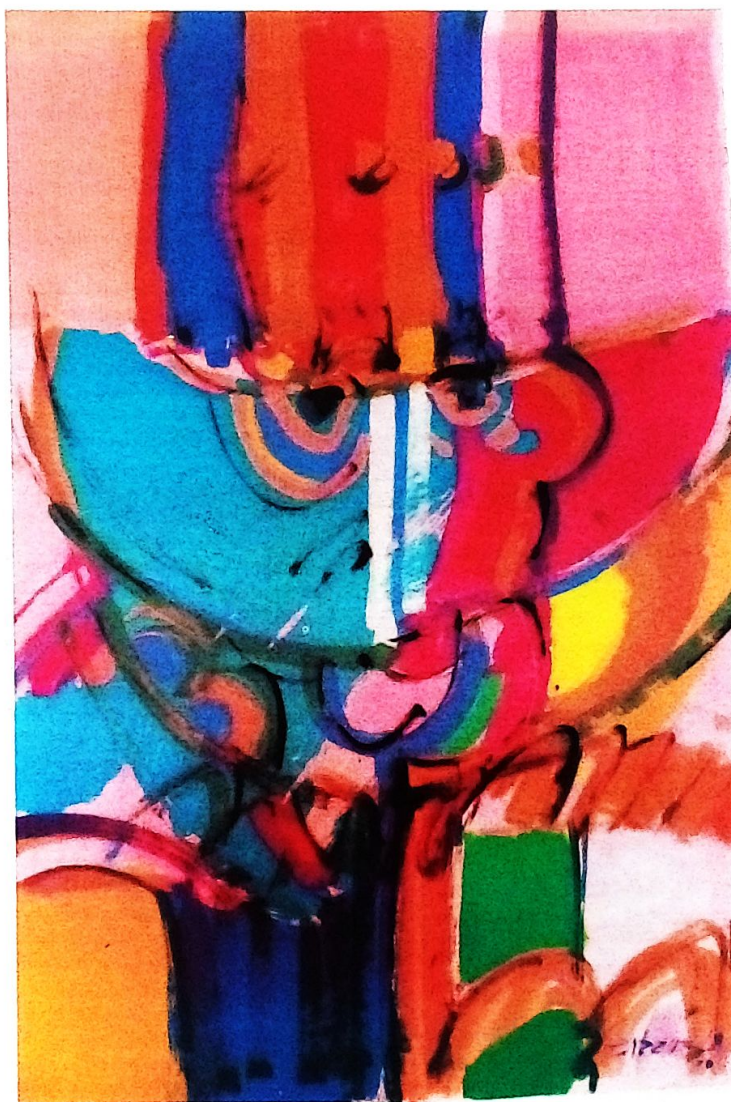




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Julian Barnes • Tomás Molina • Erika J. Rivera • Valentín Katáev • Porfirio Díaz • Clarice Lispector
Orhan Pamuk • Guillermo Francovich • Eliseo Bilbao • René Canedo • Álvaro Condarco • Julio Ameller

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV n° 612 Oruro, domingo 6 de noviembre de 2016





Figura del carnaval
Témpera sobre papel 40 x 35 cm
Erasmo Zurzuela

Ocurrió algo

Pero hay una corriente de pensamiento según la cual lo único que se puede decir realmente de cualquier suceso histórico, incluso, por ejemplo, de la Primera Guerra Mundial, es que "ocurrió algo".

Julian Barnes en *El sentido de un final*.

La notable vida de Mariano Baptista

Hay personas que marcan honda huella en la cultura de un país, cuyas vidas merecen ser plasmadas en un libro, no sólo como una merecida retribución social, sino también como modelos que impulsan en progreso de los pueblos. Este es el caso del escritor Mariano Baptista Gumucio, cuya notable vida acaba de ser retratada en el estupendo libro autobiográfico que, por su amenidad y el conjunto de ensayos, entrevistas, libros y memorias que contiene, es un grato obsequio a todas las personas que tienen el hábito y el gusto por la lectura.

El libro se titula *Por la libertad y la cultura* y ha sido editado por el ilustre escritor orureño Luis Urquieta Molleda, con quien el país está en deuda por esta trascendental obra.

Mariano Baptista Gumucio es autor de 70 libros y ensayos, fue tres veces ministro de Educación y Cultura, embajador de Bolivia en varios países, Director de los periódicos Última Hora y Hoy por catorce años, fundador de la Biblioteca Popular (que editó más de 50 libros de autores bolivianos), gestor de museos históricos en las principales ciudades del país, secretario de presidentes y muchas otras altas funciones desempeñadas y lauros recibidos a través de su prolífica vida. Entonces, con tal bagaje de experiencias es lógico que un libro sobre su vida se parezca a los cuadros de un maravilloso calidoscopio.

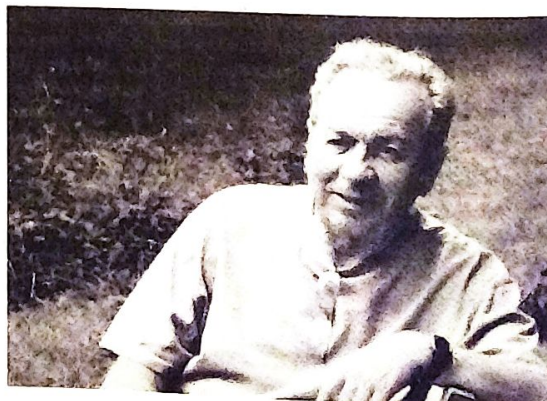
Son notables los conceptos de Baptista Gumucio sobre la educación, la política, el militarismo, la diplomacia, etc.; así como sus memorias sobre Paz Estenssoro (del que fue su secretario), de Hernán Siles Suazo, Wálter Guevara Arze, Juan Lechín Oquendo, Alfredo Ovando Candia, Jaime Paz Zamora, Augusto Céspedes, Augusto Guzmán, Roberto Querejazu, Raúl Botelho, Joaquín Aguirre Lavayén y muchas otras importantes personalidades del mundo de la política, la cultura y las letras.

También son de tremendo interés sus opiniones sobre Fidel Castro, el Che Guevara, la revolución cubana y en especial su entrevista con el presidente chileno Eduardo Frei Ruiz-Tagle, a la que se coló su canciller, José Miguel Insulza, quien mostró su odio visceral contra Bolivia. "El hombre, dice, era taimado, arrogante y en mi caso prepotente, pues me trataba como un majadero que no había aprendido bien las lecciones de la historia. Pregunté a Frei si él consideraba posible iniciar un nuevo diálogo con mi país, y en lugar de que él me respondiera, Insulza, adulterando mis palabras, me dijo arrebatado de furia que si los bolivianos querían cambiar el Tratado (de 1904) deberían esperar el juicio final..."

Me llamó la atención que un escritor que fue tres veces ministro de Educación y Cultura y promotor de masivas campañas de alfabetización tenga este certero concepto sobre la escuela: "*La culpable de la aversión al libro existente en Bolivia es la escuela. Es ahí donde se enseña a detestar a los libros (...). Cruel encerrar a los niños 12 años en aulas que parecen cárceles (...). Los horarios son rígidos y las materias, anticuadas (...)*"

También me pareció certero su juicio sobre la actual enseñanza obligatoria de lenguas nativas: "*Perú, dice, ha sido país pionero en la educación bilingüe, pero nunca se ha impuesto obligatoriamente, en ninguna región, el quechua. Lo mismo puede decirse de Guatemala o México con sus respectivas lenguas originarias (...). En las escuelas habría que dar el salto ahora a los idiomas que servirán a los jóvenes para relacionarse con el mundo: inglés, chino mandarín, portugués (...). Muchos se preguntan si la enseñanza obligatoria de las lenguas nativas obedece a un fin pedagógico que ayude a los jóvenes en el futuro es una suerte de revancha histórica de quienes sometidos ayer gozan del poder hoy (...)*". En fin, por la libertad y la cultura es un libro admirable y ameno que vale la pena leer.

Tomás Molina Céspedes. Abogado e historiador.
De: "*La Razón*" 25.10.16





el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zurzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfa. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Una mirada desde el espacio público al ámbito privado

Por: Erika J. Rivera

No hay duda de que una mirada sobre la introspección del mundo femenino es lo que nos permitirá indagar sobre el rumbo de la mujer contemporánea. Este es el tema de la primera novela de Salvador Romero Ballivián titulada *Mañana, después del diluvio, mi amor* (La Paz: Plural 2016; 237 pp.). Este texto literario trata de comunicar ideas acerca de la feminidad contemporánea. Asimismo la novela expresa una reconstrucción exquisita de nuestra cotidianidad. Se basa en la vida íntima, un asunto con el que casi no nos conflictuamos, ni tampoco lo reflexionamos, porque el ámbito privado aparentemente no influye sobre el espacio público. El autor reconstruye las decisiones domésticas y diarias – el mundo interior – para validar los cimientos del mundo exterior. Es una novela en torno a los simples seres humanos de carne y hueso, nosotros, que con nuestras decisiones en nuestras vidas internas edificamos nuestra exterioridad en contextos sociales. Esta novela expresa creativamente todo aquello que los otros esperan de nosotros.

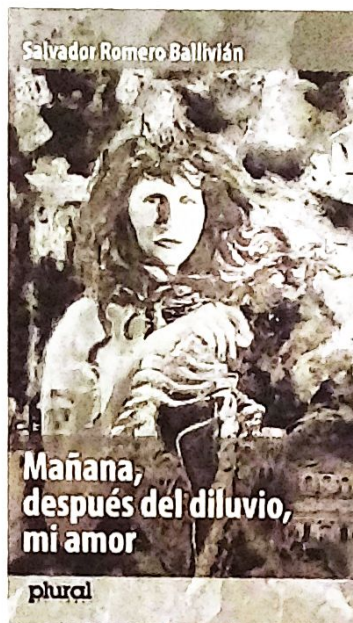
Mañana, después del diluvio, mi amor, representa una introspección del ser femenino a través de su personaje principal, la boliviana Natalia Morantes Asturias. Esta novela abarca desde la esfera de los bienes económicos concretos hasta el campo de la vida diaria: cónyuges, hijos, afectividad, etc. La obra empieza y termina en un mismo espacio físico y se centra en dos personajes completamente distintos que comparten el mismo ambiente toda la noche y el amanecer mientras, la población de Tela (Honduras) se hunde en una torrencial lluvia. La fuerza de las gotas tupidas traerá a la mente de los dos personajes el recorrido de sus existencias. Inmóviles, obligados a compartir el mismo espacio físico, cada uno mirará su propia vida, su interioridad más allá del cruce de las palabras formales y la observación del otro. Nos enteramos de las vidas íntimas a través de dos historias muy bien relatadas por el autor. La novela está escrita en un lenguaje culto y una prosa sencilla, talento que se debe destacar en Salvador Romero. Deseo resaltar este elemento enriquecedor del estilo porque es la principal razón que encontré para continuar leyendo la obra.

Otra de las razones que me impulsó a la lectura es la problemática de género: cómo se piensa a la mujer y cómo se la percibe. Esta producción literaria nos muestra una mujer que desenreda su laberinto, pero sin ser consciente políticamente de su condición de género. El autor nos muestra un personaje del sexo femenino que está sumergida en sus recuerdos, ligada en primera instancia al mundo paterno, luego al ámbito conyugal, y después al rol de la maternidad. Pero siempre vinculada a algo o alguien. A pesar de su autonomía económica, su éxito profesional y su libertad de consumo, ni siquiera así la encontramos libre de la influencia masculina. Al final de la novela Natalia está aparente-

mente sola, o por lo menos físicamente sola, pero no puede librarse de los nexos afectivos y eróticos que la atan a los varones.

En contraposición el autor nos muestra a un individuo de sexo masculino que, pese a sus modestas condiciones de existencia, su estrato social muy sencillo y su creencia religiosa, representa el mundo masculino de la sexualidad libre y sin sentimientos de culpa: dueño de su cuerpo, de sus acciones y de sus decisiones. Este personaje reconstruye su espacio geográfico para darnos a conocer el medio ambiente centroamericano, el aire, la tierra, el clima, el mar, el verde frondoso de esas tierras cálidas en torno a Tegucigalpa, Tela, Tornabé. Don Simón, el recepcionista y vigilante del hotel donde se encuentra hospedada Natalia, pertenece a la etnia afrohondureña de los garífunas, y representa lo completamente diferente al área física de los Andes. El sol del altiplano y las altas cordilleras nos hacen diferentes con respecto a los demás países del continente. Así parece por la mirada del vigilante nocturno, especialista en adivinar las nacionalidades de los huéspedes.

Volviendo a la construcción de la sexualidad femenina: esta se presenta como un problema en nuestro tiempo contemporáneo, que marca a Natalia en todas sus dimensiones. Su participación en la vida escolar y universitaria estuvo determinada por su estrato social y por las posibilidades de formación académica superior. Pero irrumpe en su vida lo otro, lo distinto a ella, el varón, que transgrediendo una planificación muy normal de etapas en la vida de Natalia, decide contraer nupcias sin que ella haya finalizado su licenciatura. Esto la muestra descentrada de su proyecto original de realizarse como profesional. Natalia tendrá que superar esta etapa con creces para sobreponerse a pesar de su condición civil. Lo que tendrá que enfrentar más allá de la independencia económica es la construcción de género. La novela nos muestra nítidamente las convenciones predominantes en este campo. Este personaje femenino, a pesar de su formación académica, asume los roles



habituales de su género con naturalidad, como el convertirse en una eficiente ama de casa porque le corresponde el cuidado de la misma. Es distinta la situación del esposo. Arturo, quien representa la virilidad rutinaria y la comodidad de ser atendido porque es el proveedor a través de su profesión como militar. Arturo da por hecho que

por encontrarse en un destino alejado, ella se olvidaría de su realización personal. En síntesis este militar representa el típico personaje masculino de visión conservadora que no tiene como perspectiva a una mujer compitiendo salarialmente con él, pues su modelo de vida es la familia nuclear tradicional. Como centro o pilar esta última tiene a la mujer como dadora de vida y sobre todo como criadora, y por ello resguardada celosamente en el seno familiar. Los militares se enfrentan en sus destinos a condiciones difíciles al cumplir con su deber patrio. Entonces sus mujeres deben cuidar del bienestar y las carreras de los esposos. Es decir: deben ser para ellos.

El conflicto empieza cuando ella se vuelve autónoma en busca de su realización personal. La novela nos muestra que a pesar de su rol de esposa – por la eficiencia lograda en sus roles domésticos, ganando tiempo al tiempo en la vivienda militar del batallón de un pueblo en el Chaco caluroso –, termina su tesis de licenciatura y la defiende en La Paz gracias a que su padre le paga el pasaje de avión. Hasta ahí las cosas son llevaderas, es decir con el cambio de *status* profesional. Por las influencias familiares y de padrino, como ocurre en la mayoría de los casos (en detrimento del fortalecimiento institucional), el esposo es destinado a la ciudad de La Paz, pese a ser un novato en la carrera militar. Una vez instalados en La Paz, ella sale del resguardo del dulce hogar en busca de un empleo, consiguiéndolo por su temperamento optimista y alegre. Las distancias y tensiones se agudizan en la vida conyugal por el cambio de perspectivas y aspiraciones distintas uno del otro. Llama la atención en la novela que a pesar de los

logros entusiastas de Natalia no hay una actitud consciente del ser mujer como construcción constante. Contraria a esta actitud continúa con su rol convencional de género y ahora la vemos de forma obvia convertirse en madre. Contrata a una trabajadora del hogar para que la reemplace en los roles domésticos. Sin embargo y a pesar de este apoyo, Natalia debe invertir largas horas de su vida para la realización de los otros: del esposo, de la hija, de su trabajo como generadora de recursos y logros para la empresa. ¿Y qué pasa con el tiempo para ella misma? El tiempo, que es lo más sagrado, no lo tiene a libre disposición. Entonces: ¿Cómo conciliamos tiempo y libertad económica? ¿Cómo conciliamos autonomía económica y libertad sexual? Son estas y muchas otras preguntas las que este texto literario nos provoca.

Esta tensión que recae en las responsabilidades de Natalia, pilar que debe cumplir con todos los roles, termina sacrificándose sola de forma naturalizada, sobre todo con lo que implica ser criadora, para sobrellevar los conflictos en el hogar. ¿Cómo se concilia el rol maternal con el éxito profesional? ¿Cómo se concilia el rol de criadora con los otros roles? Evidentemente con el sacrificio de su vida, de su tiempo, de su hogar. O sea que la construcción femenina contemporánea es la de una *supermujer* que juega todos los roles de forma eficiente. Pero tal vez en la vida real sea mucha exigencia para las mujeres que recaiga en sus cuerpos y en su identidad la responsabilidad de la construcción del ámbito privado y público, existiendo de manera sobreentendida para los otros y no para ellas mismas. Solitariamente ejercen roles de forma inconsciente. ¿Qué las obliga a ser esposas?, ¿qué las obliga a ser madres?, ¿qué las obliga a ser para los otros? Esta novela muestra que la transgresión al hogar convencional termina con la ruptura del matrimonio. Ahora en su situación de divorciada vuelve al control y a los vínculos afectivos de la casa paterna. La novela nos refleja que no puede salir del esquema de la dependencia pese a la liberación económica. Entonces ahora pasará a depender del nuevo novio y así sucesivamente su libertad sexual se convertirá en culpa.

El libro resulta una excelente propuesta para evaluar y cuestionar los roles rutinarios del género femenino en la sociedad boliviana del siglo XXI. Aparentemente este problema aún no se ha resuelto, como se ve a causa de los altos índices de violencia intrafamiliar y los feminicidios. Finalmente la novela nos incita a una interpelación introspectiva y a una mirada cuidadosa e integral sobre nuestra identidad.

Amigos de Turguenev

* Valentín Katáev

Ante mis ojos tengo el cartel de la Asociación de Amigos de Iván Turguenev, Pauline Viardot y María Malibran.

¡Qué veloz corre el tiempo!

Hace poco un cartel tradicional idéntico notificaba el solemne comienzo de las labores de restauración de la casa de Turguenev en Bougival. La primera viga en el fundamento la colocó el Embajador de la Unión Soviética en Francia. Florecían los plátanos. Caía una templada lluvia primaveral que el viento había traído de algún lugar de La Mancha.

Así pues, en 1893 se cumplen 100 años de la muerte de Turguenev (1818-1883). Murió en Francia, lejos de su patria, en Bougival, en la casita que construyó en el territorio de la finca de su amiga Pauline Viardot. Esta casita, que los franceses no denominan de otra manera que la *isba*, fue la última morada terrena del escritor.

Pauline Viardot, que sobrevivió muchos años a su gran amigo ruso, terminó sus días ya no en Bougival, sino en París. Después de su muerte, parece que el alma había abandonado la finca.

El cerco de piedra que otrora rodeara la propiedad de Viardot y la casita de Turguenev se derrumbó; se vinieron abajo las puertas de entrada, de las cuales se conserva sólo una placa con la inscripción que dice que allí había vivido y muerto Turguenev. Ahora la placa cuelga de uno de los árboles plantados en aquella época.

La finca de Viardot y la casita de Turguenev hoy día son lugares de peregrinación, y en el libro de visitas que yace sobre la mesa redonda en un salón de la casa de Viardot pueden verse numerosos apellidos franceses y rusos de admiradores conocidos y anónimos de Iván Turguenev, de Paulina Viardot y María Malibran, hermana de Pauline también notable cantante, poseedora de un bello mezzo-soprano.

Sobre el mundo se desencadenaban las tempestades de guerras y revoluciones. Parte de Europa yacía en ruinas. Mas el destino conservó Bougival. Dos casas —una de Pauline Viardot y otra de Iván Turguenev— seguían en pie, aunque las iba desmoronando el implacable tiempo.

Esta lenta destrucción casi desapercibida continuaba hasta que en cierto momento se fundó la llamada Asociación de Amigos de Iván Turguenev, Paulina Viardot y María Malibran. Esta organización social ruso-francesa, formada de entusiasta, científicos y simplemente hombres corrientes aficionados al arte tomó en sus manos el quehacer de conservar y restaurar ese valor cultural universal: las dos casas que, difíase, simbolizan

la unidad espiritual de los genios del arte ruso y francés.

Ya en nuestros días, desde hace algunos años, se están efectuando los trabajos de restauración con el concurso de los alcaldes de Bougival y Saint-Cloud, que no dejan de enorgullecerse de que en los territorios de sus alcaldías se encuentren valores tan preciados.

En general, toda la actividad de la Asociación, así como los trabajos de restauración, se llevan a cabo bajo el patrocinio del Ministerio de Cultura de Francia, de la Academia de Gouncourt, cuyo miembro es también el autor de estas líneas, y por la sociedad de amigos de Flaubert, Zola, Daudet y Maupassant, a los que ligaban con Turguenev estrechos lazos de amistad y comunidad de opiniones estéticas. (Maupassant incluso proclamó discípulo de Turguenev). Gran papel en la noble causa de conservar la finca de Bougival desempeña el Ministerio de Cultura de la URSS que presta ayuda material y envía muestras para poner en orden la casa de Turguenev y transformarla en museo.

De vez en cuando en Bougival se organizan exposiciones, veladas literarias, se proyectan películas con argumentos de obras de Turguenev, así como se celebran muestras que cada año atraen a más y más amantes de la literatura o simplemente a turistas.

Antaño remota y abandonada finca, se convirtió hoy en uno de los más notables centros culturales de Francia, porque con el nombre del escritor ruso y los de las dos grandes cantantes francesas se vincula toda una pléyade de famosos pintores, compositores —como por ejemplo, Gounod, Bizet— y algunos filósofos.

En París aparecían en las carteleras cada vez nuevas noticias sobre la marcha de las obras de restauración en la famosa finca.

Apareció asimismo el cartel que informaba que en Bougival se celebraría una exposición donde entre otras muestras podrían apreciarse materiales vinculados con cinco amigos de Turguenev: Flaubert, Gouncourt, Zola, Daudet y Maupassant.

Pese al mal tiempo, con viento que traía de la parte de La Mancha lluvia y niebla, se reunió mucha gente. La gente llegó en autobuses y coches particulares de París y otras ciudades de Francia.

El tradicional cartel rojo con el retrato de Turguenev y la "isba" del escritor prometía la participación de un grupo de conocidos escritores franceses y de un ruso que venderían sus libros autografiados. Toda la recaudación de la velada iría al fondo de la Asociación.

Muchos visitantes que habían recorrido ya las salas de la exposición se agolpaban ante la mesa estudiando con curiosidad a los "escritores vivos" y hojeando sus libros.

La venta transcurría con gran animación, y las manos de los literatos se cansaron de firmar constantemente autógrafos.

Alrededor, en los estantes encristalados y en las paredes se veían materiales ligados con Turguenev: artículos de revistas, cartas, reseñas, dibujos, originales o en fotocopias. Entre ellos atraía la atención un pequeño libro de Edmundo Goucourt *La fille Elisa* con la dedicatoria del autor para Turguenev. Es una reliquia que testimonia la amistad que unía a estos dos escritores.

Mas, pese a las numerosas muestras interesantes, el centro de atención se hizo el gran retrato de Turguenev enviado de la URSS.

Según las condiciones de la aduana francesa, ese retrato podía hallarse en Bougival no más de 24 horas y debía ser devuelto por vía aérea a la Unión Soviética.

Sin embargo, esa estancia de un día produjo un efecto sensacional. Fue algo simbólico el que la imagen del gran escritor ruso apareciera en Bougival, a varios miles de kilómetros de Rusia, en los bellos parajes donde Turguenev pasó tantos años y donde murió al lado de la mujer a la que amara toda su vida; pasó junto al centenario plátano de follaje amarillo y el centenario sauce llorón que dejaba caer sus largas ramas, aún verdes, en el agua del Sena, cubierto de azules cabri-las del otoño temprano.

Fue aquel el famoso retrato de Turguenev, del pincel del admirable pintor Jarlámov, perteneciente a la pinacoteca del Museo Ruso de Leningrado y hecho en 1872, diez años antes de la muerte del escritor. Creo que por el frescor de los tintes, por la profundidad del contenido y la proximidad al original es el mejor retrato de Turguenev.

Iluminado desde todos los ángulos por los reflectores de la TV y los flash de los reporteros gráficos, el lienzo descubría ante los visitantes la poderosa figura, la tupida cabellera cana y la mirada pensativa de profeta, convirtiéndose en el núcleo de la exposición.

Todas las miradas estaban imantadas por la prodigiosa obra de pintura, por la mirada pensativa del hombre en ella representado.

Quisiera aducir aquí una pequeña cita del libro del poeta Afanasi Fet *Mis recuerdos*, dedicada a la famosa cantante francesa. He aquí lo que pone:

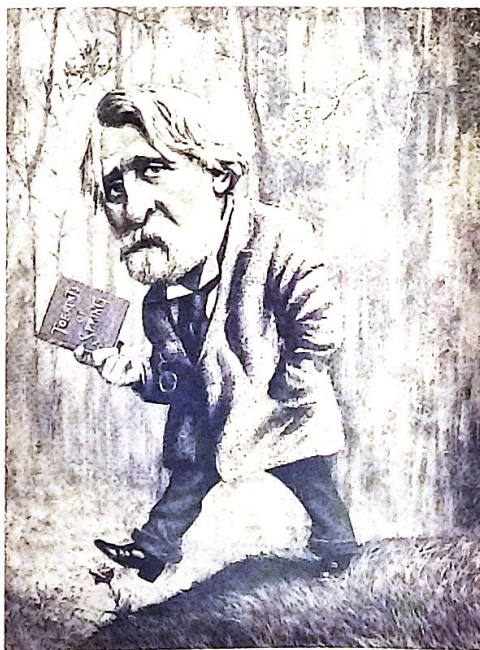
"Viardot cantaba unos cánticos ingleses y una piezas musicales que me causaban poco efecto por no ser música. No tenía el programa y me aburría escuchando incomprensibles cuartetos y un canto incomprensible que encantaban, por lo visto a Turguenev.

"Pero, de pronto madame Viardot se acercó al piano y con una pronunciación impecable cantó en ruso *Ruiseñor mío, ruiseñor*."

"Alrededor los franceses aplaudía ruidosamente; en cuanto a mí, la inesperada interpretación magistral de una romanza rusa me provocó tal entusiasmo que tuve que contenerme para no desbordarme de una manera loca".

Turguenev, que dominaba a la perfección el francés, y Viardot, que dominaba a la perfección el ruso... ¡Verdadero ejemplo de la amistad ruso-francesa, a la cual, en fin de cuentas está dedicada toda la actividad de la Asociación de Amigos de Iván Turguenev, Pauline Viardot y María Malibran, Asociación que transformó Bougival en foco de la amistad ruso-francesa!

* Valentín Katáev. Escritor Soviético (1877-1986). Miembro de Gouncourt De: "Literatura Soviética"



Iván Turguenev

Arturo Borda

* Porfirio Díaz

El Illimani tiene su anatomía y sus anatomistas.

Quienes lo hemos visto desde niños, lo conocemos profundamente, en sus mil tonos variados, en todas sus horas y en todas las estaciones del año.

La cordillera andina es temerariamente maravillosa. Creo que no hay vocablos apropiados para describirla o definirla. Deberíamos opinar, ante ella, con el silencio azorado de las pupilas. Entonces, acaso pudiéramos traducir con lealtad el valor del paisaje, su calidad, su voz, su coloración.

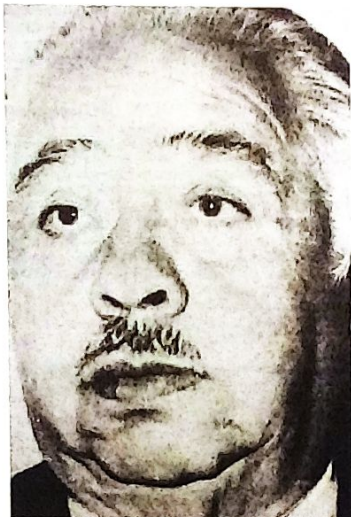
Cierta vez visité a un hombre que moraba en una habitación de piso alto, en la calle "Mapiri". Bohemio, lleno de talento, infinitamente inquieto y horriblemente libre, este hombre vivía frente a la montaña que había amado desde que sus ojos se abrieron a la luz de nuestros cielos. El balcón era un mirador que daba hacia el Illimani, permitiendo abarcar con la vista todo el encanto verde de los campos calocotenes. El hombre era pintor y también escribía. Había realizado una labor gigante de colorista, la que había sido difundida, generosamente difundida, por los cuatro puntos cardinales de la ciudad y algunos sitios de América. En cuanto a las escrituras —que el Destino mantiene hasta hoy inéditas— había una pila de más o menos treinta tomos de un libro intitulado "El loco".

Era Arturo Borda. Fue el bohemio impenitente de La Paz, abandonado, como una conciencia acusadora...

Subamos al Illimani, idealmente. La estupefactiva montaña tiene sus caracteres definidos, su nívico organismo gigante que gusta de alimentarse de luces, sombras y fríos. Todo un sistema arterial de líneas se enreda en la masa ciclópica y va ofreciendo a la percepción respetable del artista ese inmenso secreto de su anatomía. La lejanía y la luz hacen de la montaña un ser animado de cambiantes coloraciones. La amanecida, la mañana, el mediodía, la tarde y el tramonto, realizan diariamente el registro de sus tonalidades.

Mientras contemplábamos el Illimani desde el mirador de Arturo Borda, a la hora crepuscular, éramos testigos asombrados de un notable juego de luces que acaso paisaje alguno pueda ofrecer jamás. Está en el Illimani, en latencia poderosa, una canción para Beethoven y un motivo para Miguel Ángel o Leonardo da Vinci. La mole milenaria necesita para traducirse, un poder artístico ascensional, una mentalidad de cumbre, una voluntad inquebrantable de realización estética. En tanto, está inédita para los papeles inmortales y no es, en el simple y humilde sentir nuestro, sino una de las más bellas joyas que hemos encontrado a la cabecera de la cuna, junto al paisaje de la tierra madre. Pero repitamos una vez más:

—Esta montaña necesita una voz, un canto, un cuadro inmortales. Acaso su propio genio hierático produzca, en una dulce amanecida, el nacimiento de sus tres potenciales sustancias: poesía, música y pintura. Los tres temas más difíciles para el hombre, pero los tres pel-



Porfirio Díaz Machicao

daños de la ascensión definitiva a la gloria. Las cumbres esperan a las cumbres.

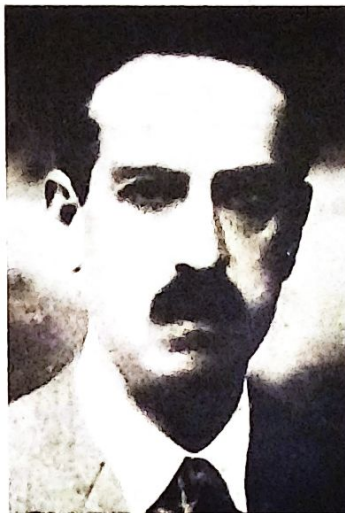
La charla lenta de Arturo Borda, esa su charla suave y perezosa, que dejó en mí espíritu numerosas lecciones, se iba desovillando con el tema querido, en una sucesión de interpretaciones que mi ignorancia artística —ya dije que en mí todo fue espontaneidad— no permite recapitular. Aquello fue hace mucho y fue genialidad de Borda el tema que escuché con deleite y con respeto. Para corroborar su lección —su confesión, diré mejor— me enseñó diez, veinte, treinta apuntes del Illimani con sus minuciosos detalles anatómicos. Aquel hombre estaba compenetrado de la naturaleza de la montaña, la conocía profundamente, la había tratado en cientos de horas contemplativas y en diversos modos interpretativos.

—Esto —decía— en cuanto a su naturaleza misma. Si nos referimos al color, el caso es mucho más maravilloso...

Las pupilas de Borda tenían el secreto de las gamas cromáticas. Nunca un hombre había llegado a la vibración máxima que produce la cordillera nevada. Borda había realizado el Illimani. Y las montañas restantes también. Lo que hace falta es encontrar su obra dispersa, obsequiada, abandonada en los caminos bohemios. Conocía el hondo drama de las cumbres deshabitadas. ¿Podemos decir drama? Pues, claro. Es el drama de la soledad, de la roca formada a miles de metros de altura, en el silencio pavoroso de la altitud inalcanzable, de la lejanía vertical y angusta.

Ahí está el tema eterno para los hombres altiplánicos. El Illimani es un canto inédito, un poema inexplorado y un vigoroso cuadro que nadie ha pintado todavía.

Después de haber repasado los treinta o más apuntes de Arturo Borda y luego de haber escuchado su charla, dejé el mirador y me fui al Prado. Contemplé nuevamente la mole nívica e inaccesible. Entonces, el gran pintor del crepúsculo vaciaba sus colores sobre las sienes angustas y bravías y se producía el milagro que se ha grabado por siempre en mis reti-



Arturo Borda

nas: la gama de colores espectrales. Toda la cambiante fulguración de tonos que atravesaban las brillantes agujas de los rayos solares. En esa hora, en esa tarde de la dorada infancia, estaba el Illimani frente a mí, emergiendo de la zona de sus milagros, allá al oriente, recibiendo la caricia de un sol agónico. Por esa hora vale la eternidad de este recuerdo.

Después, había acabado la lenta travesía de los espíritus crepusculares y la noche cernía sus sombras sobre la ciudad querida. Pero, desde el fondo lejano de la cumbre, alzaba su fantasma silencioso la nieve eterna, la cima blanca, nidal de las estrellas. Y la noche se rompía en la gelidez de su cabeza encanecida. El Illimani era como una testa de infinito pensar, algo así como una conciencia en vela, la reflexión honda y grave el paisaje pazeño.

Milagro, maravilla o ensueño, esta sensación de montaña embrujada ha ganado mi espíritu, ha inundado mi pecho y ha llenado la vastedad de la imaginación. Es por eso que tengo en el alma una religión supeditada a la altura, una imposición de la cumbre, un coraje místico del espacio sobre la caverna oscura. Este es el mal de montaña, el verdadero mal de montaña. O el bien de la montaña. No aquel que ahoga la respiración y altera el ritmo de la sangre, sino ese otro mal de altura, de honestidad límpida, de desmedida ambición que no cuaja en los demás hombres...

Durante algunos años, Arturo Borda fue mi amigo. Conocía sus excentricidades, su rebeldía, sus hondas penas de artista incomprendido. Un océano de alcohol, alzó, junto a su figura, el oleaje turbio de la desesperación. ¿Vive aún Arturo, el querido Arturo de las anatomías cordilleranas? Con él solía vagar por los suburbios, caminando por las arboledas de Obrajes, contemplando el cinturón de cerros grises que dan la sensación de una jauría de lobos siguiendo la blanca majestad de la montaña madre. Esos cerros de greda enfermaban mi espíritu. En verdad, no me agradaron nunca. En cambio, las campiñas de Calacoto, el río de torrentera, los cerezos, los maizales, daban ale-

gría al corazón y estimulaban la fantasía. Al retornar, Arturo descansaba y bebía. Iba tejendo la trama de su novela, de su angustiada novela, con personajes disconformes, los cuales dictaban las páginas terribles de "El loco". Aquellos pasajes dantescos de los atirisiados, invadidos por los piojos. ¡Horror!... Y es que Arturo Borda tuvo ante sí la obsesión del barranco, del despeñadero, del reverso sombrío de la existencia. Pero, amaba la belleza y ese amor le redime de las pequeñas culpas de su caída. ¡Grande inadaptada bandera que no fue izada gallardamente en el mástil de sus secretas ambiciones! Arturo Borda...

Temperamento trágico, se asemejaba a Florencio Sánchez, el dramaturgo uruguayo. Él capitaneó en aquellos años la bohemia de La Paz, llevándola por la extravagancia, incurriendo en el azoramiento de las personas que, muchas veces, le vieron llegar de sus excursiones suburbanas condecorado en forma excéntrica... Nunca entumeció su vigor físico el frío del invierno en una ciudad que reposa a tres mil ochocientos metros sobre el nivel del mar. Era una fortaleza de varón adusto, pero volcánico en sus ímpetus.

—Te voy a contar un cuento...

Mientras divagaba solemnemente, bajábamos por la Avenida Arce, que era como un camino que daba la esperanza de llegar a las faldas de la montaña madre. Borda la contemplaba y se dejaba arrastrar por su llamado, como si quisiera buscar un refugio en medio de su entraña congelada.

Otras veces, ingresaba en cualquier café y luego de sorber un copetín, hacía retratos a lápiz, con una maestría digna de la Academia. Mi madre conserva aún un retrato mío, hecho por Arturo. Cuando llegué a casa con él, todos se quedaron perplejos. Parecía que Borda hubiese realizado un presentimiento: una larga columna de humo subía de mi cigarrillo hacia los cielos, en tanto que todo mi ser estaba detenido en una muda contemplación de la vida. Él me dijo sentenciosamente:

—Tú debes ser un testigo de tu época...

Lo soy, en verdad sin otra precipitación traidora. Pero soy un extraño testigo de cosas que hicieron de mi juventud, una vejez prematura...

La montaña llamó después a este mi amigo hacia su seno de grandeza, pero se lo llevó por la quiebras, como al río, embarrancándolo en veces, dejándolo correr furiosamente otras, con incontenible ímpetu. Después, Arturo, como el río, despeñándose y solazándose, se fue a dar a la mar que el morir...

* Porfirio Díaz Machicao.
La Paz, 1909 – 1981.

Escritor polifacético e historiador.



Reflexiones sobre la escritura

* Clarice Lispector

Si yo fuera muda, y tampoco pudiera escribir, y me preguntaran a qué lengua querría pertenecer, diría: a la inglesa, que es precisa y bella. Pero como no nací muda y pude escribir, se volvió absolutamente claro para mí que lo que quería era escribir en portugués. Y hasta querría no haber aprendido otras lenguas: sólo para que mi abordaje del portugués fuera virgen y límpido.

Cuando empecé a escribir ¿qué deseaba lograr? Quería escribir algo que fuera tranquilo y sin modas, algo como el recuerdo de un monumento alto que parece más alto porque es recuerdo. Pero quería, de paso, haber tocado realmente el monumento. Sinceramente, no sé lo que simbolizaba para mí la palabra monumento. Y terminé escribiendo cosas completamente diferentes.

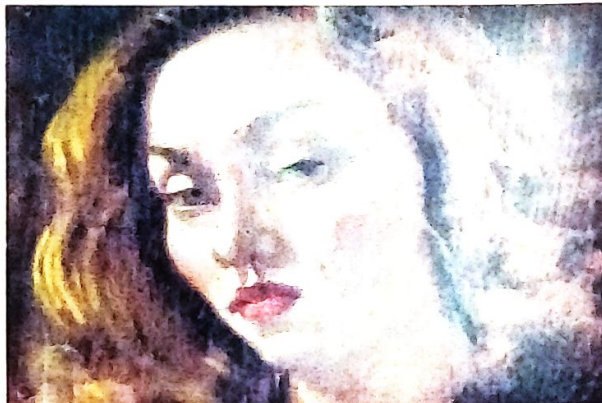
Yo querría que la lengua portuguesa llegase al máximo en mis manos. Y todos los que escriben tienen ese deseo. Un Camoens y otros como él no bastaron para darnos una herencia de lengua ya hecha para siempre. Todos los que escribimos estamos haciendo del túmulo del pensamiento alguna cosa que le dé vida.

Qué pena que sólo sé escribir cuando la "cosa" viene espontáneamente. Así quedo a merced del tiempo. Y, entre un escribir verdadero y otro, pueden pasar años. Me acuerdo ahora con saudade del dolor de escribir libros.

Se habla de la dificultad entre la forma y el contenido, en materia de escribir, hasta se llega a decir: el contenido es bueno pero la forma no, etc. Pero, por Dios, el problema no es el que el contenido está de un lado y la forma del otro. Así sería fácil: sería como relatar a través de una forma lo que ya existía libre, el contenido. Pero la lucha entre la forma y el contenido está en el pensamiento mismo: el contenido lucha por formarse. Para decir verdad, es imposible un contenido sin su forma. La intuición es la honda reflexión inconsciente que prescinde de forma mientras ella misma, antes de subir a la superficie, se trabaja. Me parece que la forma aparece cuando el ser todo está en un contenido maduro, ya que se quiere dividir el pensar o el escribir en dos fases. La dificultad de forma está en el mismo constituirse del contenido, en el propio pensar o sentir, que no sabrían existir sin su forma adecuada y a veces única.

Tanto en pintura como en música y literatura, tantas veces lo que llaman abstracto me parece apenas lo figurativo de una realidad más delicada y más difícil, menos visible al ojo desnudo.

Entonces escribir es el modo de quien tiene la palabra como carnada: la palabra que pesca lo que no es palabra. Cuando esa no-palabra la entrelínea muerde la carnada, algo se escribió. Una vez que se pescó la entrelínea, se podría arrojar fuera la



palabra con alivio. Pero ahí cesa la analogía: la no-palabra, al morder la carnada, la incorporó. Lo que salva entonces es escribir distraídamente.

"Mis intuiciones se vuelven más claras al esforzarme en trasponerlas en palabras". Esto escribí una vez. Pero es un error, porque, al escribir, encolada y pegada, está la intuición. Es peligroso porque nunca se sabe lo que vendrá, si se es sincero. Puede venir el aviso de una autodestrucción por medio de las palabras. Pueden venir recuerdos que jamás querríamos ver en la superficie. El clima se puede volver apocalíptico. El corazón tiene que estar puro para que venga la intuición. ¿Y cuándo, Dios mío, se puede decir que el corazón está puro? Porque es difícil comprobar la pureza del cuerpo y del alma, no bendecido por un padre, sino bendecido por el propio amor. Y todo eso se puede llegar a ver; y haber visto es irrevocable. No se juega con la intuición, no se juega con la escritura: la caza puede herir de muerte al cazador.

El proceso de escribir está hecho de errores la mayoría esenciales, de coraje y pereza, desesperación y esperanza, de vegetativa atención, de sentimiento constante (no pensamiento) que no conduce a nada, y de repente aquello que se pensó que era nada era el verdadero contacto temible con la tesitura de vivir; y ese instante de reconocimiento, ese zambullir anó-

nimo en la tesitura anónima, ese instante de reconocimiento (igual que una revelación) necesita ser recibido con la mayor inocencia, con la inocencia con que está hecho. ¿El proceso de escribir es difícil? Pero es como llamar difícil al modo extremadamente prolijo y natural con que está hecha una flor. (...)

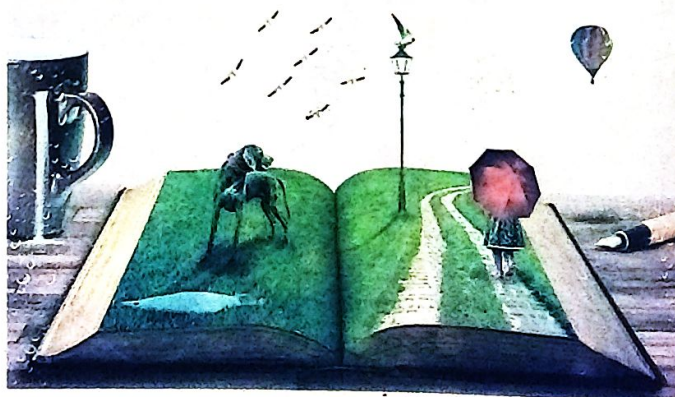
No puedo escribir mientras estoy ansiosa o espero soluciones, porque en tales períodos hago todo lo posible para que las horas pasen; y escribir es prolongar el tiempo, es dividirlo en partículas y segundos, dando a cada una de ellas una vida insustituible.

Ya no recuerdo dónde fue el comienzo; fue, por así decirlo, escrito todo al mismo tiempo. Todo estaba allí, o debía estarlo, como en el espacio temporal de un plano abierto, en las teclas simultáneas del piano. Escribí buscando con mucha atención lo que se estaba organizando en mí y que sólo después de la quinta paciente copia empecé a advertir. Mi temor era que por impaciencia hacia la lentitud que tengo en comprenderme, estuviera apresurando antes de tiempo un sentido. Tenía la impresión de que, si me concediese más tiempo, la historia diría sin convulsión lo que necesitaba decir. Cada vez más, todo me parece una cuestión de paciencia, de amor creando paciencia, de paciencia creando amor. Él se levantó, todo al mismo tiempo, emergiendo más aquí que allí.

Tantas veces escribir es recordar lo que nunca existió. ¿Cómo lograré saber lo que ni siquiera sé? Así: como si recordara. Con un esfuerzo de memoria, como si yo nunca hubiera nacido. Nunca nací, nunca viví; pero recuerdo, y éste es un recuerdo en carne viva.

(A un linotipista) Disculpe que me esté equivocando tanto a máquina. Primero es porque se me quemó la mano derecha. Segundo, no sé por qué. Ahora un pedido: no me corrija. La puntuación es la respiración de la frase, y mi frase respira así. Y si usted me encuentra exquisita, respete eso también. Hasta yo fui obligada a respetarme.

* Clarice Lispector.
Escritora brasileña de origen judío.
Ucrania, 1927 - Río de Janeiro, 1977.



Dostoievski me susurraba al oído cosas privadas

Opiniones del escritor turco Orhan Pamuk (Premio Nobel de Literatura 2006) sobre la obra de Fiodor Dostoievski.



De acuerdo con la crítica especializada, el siglo XIX es el mejor momento para la novela moderna. Como género su consolidación se fecha en el siglo XVII, con el *Quijote* como la primera narración verdaderamente novelística.

Antes hay quien señala en *El asno de oro* de Apuleyo o el *Satiricón* de Petronio algunos primeros intentos de narración prosaica extendida, y después en obras como el *Decamerón* o *Los cuentos de Canterbury*; sin embargo, se dice que sólo con Cervantes, Laurence Sterne o Daniel Defoe el género entró en ese camino de complejidad y profundidad narrativa que lo caracterizan en prácticamente todos sus elementos: la trama, la psicología de los personajes, la línea temporal de la narración, etc.

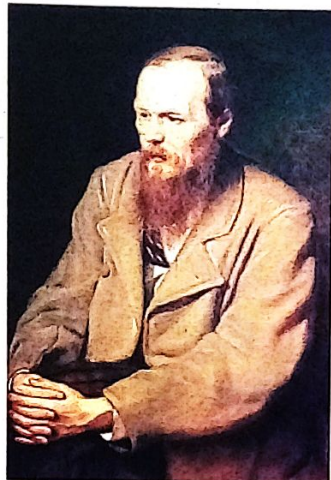
Se necesitarían casi 3 siglos para que esta compleja maquinaria explotara a manos de autores como James Joyce, Virginia Woolf, Robert Musil, Franz Kafka, William Faulkner y varios más.

Entretanto, decíamos, el siglo XIX fue la cúspide del género, la época en que mejor uso tuvo la novela como herramienta de exploración de "lo humano". La *Madame Bovary* de Flaubert, el *Papá Goriot* de Balzac, las exploraciones narrativas de Dickens.

Aunque cada una es distinta, todas, a su manera, comparten esa toma de la novela como un instrumento, un vehículo de exploración, una suerte de visor adonde el escritor se asomó para mirar de cerca esos delicados ecosistemas que llamamos cultura, o sociedad, o individuo, o psique, los cuales existen con cierta autonomía pero también relacionados entre sí. Un universo dentro de otro universo que a su vez se encuentra dentro de otro universo. En cierta forma esa podría ser una descripción más o menos acertada de la novelística del siglo XIX.

Uno de los pilares de dicha época fue sin duda el ruso Fiódor Dostoievski, autor de al menos un par de obras imprescindibles para el acervo personal de todo buen lector y que, en el mejor de los mundos, todos deberíamos leer para descubrir las sutilezas tanto de la psique humana como de la literatura misma: *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*.

Hay otros títulos necesarios, claro, (*El jugador*, *Memorias de la casa muerta*, *Memorias del subsuelo*, y quizá algunas más), pero si al menos leyéramos estas dos o alguna de ellas muy proba-



El secreto de la existencia no consiste solamente en vivir, sino en saber para qué se vive.

Dostoievski

<http://elballetdelaspalabras.blogspot.com/es/>

blemente quedaríamos deslumbrados por la aparición del genio absoluto, la experiencia literaria tal y como la describió William Faulkner:

"Lo que hace la literatura es lo mismo que una cerilla en medio de un campo en mitad de la noche. Una cerilla no ilumina apenas nada, pero nos permite ver cuánto oscuridad hay alrededor".

Eso hace Dostoievski: nos hace ver de cuánto oscuridad está rodeado el ser humano.

Quien también lo experimentó así el escritor de origen turco Orhan Pamuk, ganador del premio Nobel de Literatura en 2006 y

quien en un ensayo más o menos reciente dedicado a *Los hermanos Karamazov* reconoce esa relevancia que tuvo Dostoievski no sólo en su vida como lector sino en su vida en sí, un autor y una obra que se convirtieron en momentos capitales de su biografía, con la misma importancia que puede tener, por ejemplo, la primera vez que besamos por deseo a otra persona, o la muerte de un ser muy querido.

Pero no prolongamos más esta introducción y damos la palabra a Pamuk: Recuerdo muy bien la primera lectura de *Los hermanos Karamazov* a los 18 años, solo en una habita-

ción de una casa que daba al Bósforo. Era el primer libro de Dostoievski que leía. En la biblioteca de mi padre había una traducción turca publicada en los años 40 a partir de la versión inglesa de Constance Garnett y el título de aquella novela, que de una manera misteriosa sugería todo el exotismo, la diferencia y la fuerza de Rusia, llevaba bastante tiempo llamándome a un mundo nuevo.

Como todos los grandes libros, *Los hermanos Karamazov* tuvo dos efectos instantáneos en mí: me hizo sentir al mismo tiempo que no estaba solo en el mundo y, por otro lado, que era alguien desamparado, solo en mi rincón.

Al ir viendo complacido lo que la novela me mostraba poco a poco, sentía que no estaba solo porque, como me suele pasar cuando leo grandes libros, las ideas que tanto me agitaban ya se me habían ocurrido antes, y algunas escenas e entonaciones escalofrantes casi las recordaba como si las hubiera vivido.

Por otro lado, mi primera lectura del libro también me daba la sensación de soledad puesto que me mostraba ciertas verdades básicas sobre la vida de las que nadie hablaba, que nadie mencionaba. Me daba la impresión de ser el primero que lo leía.

Era como si Dostoievski me susurraba al oído cosas privadas sobre la humanidad y la vida que nadie más sabía. Esa información secreta tenía tanta fuerza y era tan inquietante que cuando me sentaba a cenar con mis padres o cuando, como siempre, intentaba charlar con mis compañeros en los atestados pasillos de la Universidad Técnica de Estambul, en los que siempre se hablaba de política, sentía que el libro se agitaba dentro de mí y que la vida ya no sería la misma; notaba que frente al mundo grande, amplio y sorprendente de la novela, mi propia vida y mis preocupaciones eran pequeñas e insignificantes.

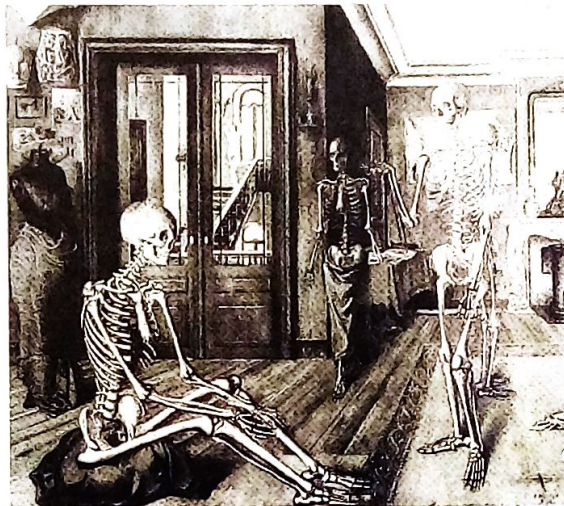
Me apetecía decir: "Estoy leyendo un libro que me agita, que está cambiando mi mundo entero y eso me asusta". En alguna parte Borges dice: "Descubrir a Dostoievski es como descubrir el amor o ver el mar por primera vez, marca un momento importante en la vida". El momento en que leí a Dostoievski por primera vez supuso para mí la pérdida de la inocencia con respecto a la vida.

Tomado de: <http://pljamasurf.com>



El caso de John Reed

* Guillermo Francovich



I
John Reed —de Gurnet cerca de Macclesfield— tenía entre las manos un ejemplar del *Evening Standard* que alguien había abandonado en el banco de Hyde Park en que se encontraba descansando. John Reed, lo leía atentamente y de pronto se puso a reír. ¡Diablo! ¡Vaya un negocio!, exclamó. Un pequeño anuncio de la sexta página decía: “¿Quiere usted comprar un esqueleto? Tenemos en venta dos esqueletos y medio. Para obtener detalles, diríjase al secretario del Museo del University College Gower Street W.C.”

John Reed meneó la cabeza y siguió leyendo. Evidentemente era un hombre de buen humor a pesar de su pobreza.

No sería raro que un día ofrecieran almas en venta, pensó.

Se quitó el gorro bastante usado que le cubría la cabeza y se pasó la mano por la calva reluciente como solía hacerlo cuando alguna idea interesante le pasaba por las mentes.

Si se vendiera almas, yo podría vender la mía, se dijo vagamente. Pero...

John se puso en pie como impulsado por un resorte. Una idea acababa de surgir en su cerebro, llenándole de esa alegría que acompaña a las inspiraciones no acostumbradas. Y como buen inglés que desdeña el largo camino que de las concepciones suele conducir a los hechos, se levantó, cruzó la avenida que lleva a Park Lane y, deteniéndose ante un agente preguntó dónde quedaba Gower Street, W. C.

Antes de entrar a la secretaría del museo, John Reed trató de arreglar su traje que tenía un aspecto de irremediable deterioro, se atusó los bigotes, sin poder conseguir que tuvieran esa tuesura de alambres horizontales que estaba de moda en los barrios del Este, y dio a su rostro el aire de importancia que convenía a un hombre de negocios. En realidad John Reed tenía las apariencias de un vagabundo simpático, de esos que, cuando no estamos apresurados con una sonrisa nos arrancan unos peniques.

El secretario del museo parecía todo menos un vendedor de esqueletos. Era un joven menudo, de mofletes sonrosados, cabellos rubios y anteojos de carey colocados delante de unos ojos pequeños y miopes.

—¿En qué puedo servirle?— dijo a John Reed que saludaba ceremoniosamente.

John mostró el anuncio del *Evening Standard* que tenía en la mano.

—En el Hyde Park he leído esto, caballero. El secretario sonrió.

—¡Oh! ¿Usted quiere comprar un esque-

leto? Siempre tenemos alguno aquí, enteros, por mitades, por cuartos. ¿Quiere usted verlos? Supongo que a usted le gusta la anatomía.

Naturalmente, el secretario no creía que a John Reed le gustara la anatomía, pero se le hacía muy agradable preguntarlo.

—No. No quiero comprar. Quiero vender uno—contestó John Reed, sonriendo a su vez, aunque algo acortado. Creo que si ustedes venden esqueletos, los compran también.

—Es verdad, ¿tiene usted alguno de su propiedad?

—Sí, el mío.

—¡Cómo! ¿Usted quiere vender su esqueleto?

—Sí—insistió John Reed—. Es el único que puedo disponer honorablemente.

—¿Pero cuándo piensa usted morir?—preguntó el secretario sintiendo algo de la emoción dramática que se encerraba en la cómica escena.

John Reed no llevaba trazas de morir en muchos años. Tenía sin duda los bigotes blancos, más bien amarillos por el tabaco, las mejillas arrugadas y cincuenta y dos años auestas. Pero se le advertía vigoroso y pleno de vitalidad.

—Eso lo dirá la divina providencia—contestó John Reed, no sin cierta satisfacción.

—Desgraciadamente no negociamos a plazos providenciales.

—Es verdad—tuvo que asentir John.

—Un esqueleto disponible en este momento, sería otra cosa—insistió el secretario. Pero una entrega eventual, usted comprende...

John Reed se sintió desmayar. Un gran desencanto se pintó en su rostro. El joven secretario, al advertirlo, lamentó sinceramente en su fuero interno no estar capacitado para comprar esqueletos futuros. Pero se le ocurrió una idea.

—Mire usted—dijo, aproximándose a John Reed—. Yo conozco a alguien que tal vez

acepte su proposición. Es un sabio. El doctor William Stevens, profesor de la Universidad. ¿Quería usted verlo?

—Oh, sí. Naturalmente. ¿Dónde vive?

El secretario le dio la dirección de una casa situada en una callejuela próxima a Russell Square. John agradeció efusivamente. Y antes de salir preguntó cuál era el valor aproximado de un esqueleto entero. Indudablemente era una información de importancia.

—Los vendemos entre 15 y 30 libras—dijo el secretario.

John Reed, mientras se dirigía a la casa de Dra. Stevens, calculaba el precio de su esqueleto. Y llegó a la conclusión de que no podía valer menos de quince libras.

El doctor Stevens felizmente estaba en su casa. Recibió a John en su estudio. John le informó brevemente su propósito. El doctor le miraba con curiosidad primero y después con simpatía como todo el mundo. John tenía el don de hacerse agradable. El doctor Stevens era un anciano vigoroso. Su rostro que tenía una lejana semejanza con el de un búho, respiraba bondad. Cuando John Reed advirtió que su propuesta no parecía interesar grandemente al doctor, sintió angustia. Se pasó dos o tres veces la mano por la cabeza. Pero el doctor Stevens le volvió la tranquilidad.

—Acepto—dijo—. ¿Le convendría a usted 10 libras?

John tuvo una decepción. Pero no se atrevió a discutir el precio. Quince minutos después de haber entrado en la casa del doctor Stevens, John había firmado una declaración, había recibido diez libras, y se paseaba por King Street. Hubiera creído que todo había sido un sueño veloz si diez billetes verdes no crujieran en su mano izquierda sepultada dentro de un bolsillo de su pantalón.

II

John se sentía feliz como nunca. Para regresar a su casa que estaba en Content

Street, en el East End, tomó un ómnibus cerca de Aldwich. Era un lujo que no se permitía sino en las grandes ocasiones, desgraciadamente muy raras. El ómnibus pasó por el puente de Blackfriars. El Támesis reverberaba con el sol que se aproximaba al horizonte. A lo lejos, las torres del Parlamento se dibujaban apenas, envueltas en vapor de agua. John miraba con regocijo infantil a los peatones que circulaban en las aceras. Se sentía moral y materialmente por encima de ellos.

¡Diablo!, pensó, ahora comprendo cómo esos tipos de los automóviles se pasean con aire de dioses.

Bajó el ómnibus a unos cuatrocientos metros de su casa. Y se metió en una pequeña taberna —“La Posada del Gallo Viejo”— donde solía encontrar a Mike Thomson y Arthur Ward, sus grandes amigos. Saludó familiarmente al patrón y se sentó en una mesilla de pino, de color oscuro no se sabe si por suciedad o por el efecto de alguna pintura. Pidió una cerveza pálida.

El vocerío de los chicos aumentaba en la calle, la taberna se iba llenando de gente y de humo. La luz de la tarde se extinguía lentamente y un mozo se puso a encender algunos picos de gas. Entre tanto llegaron Mike Thomson y Arthur Ward, discutiendo animadamente el Congreso de Ottawa que se clausuraba esa tarde.

—¡Hola! John. ¿Qué tal?

Mike y Arthur se sentaron junto a John y pidieron whisky.

—¿Qué te pasa, John?—dijo Mike con la pira en los labios, observando el rostro radiante de su amigo—. Se diría que has recibido una herencia.

—Casi, casi...—contestó John. Después, sacando del bolsillo el paquetito de billetes verdes, añadió: ¡diez libras!

Mike retiró la pipa de la boca y abrió sus diminutos ojos azules, que eran como dos tijeretazos en su rostro colorado y huesudo. Arthur echó atrás su gorra amarilla y alargó el delgado pescuezo para mirar mejor los billetes que John dobló cuidadosamente.

—¿De dónde?—preguntó Arthur, complementando la pregunta con un movimiento de los dedos.

John calló un momento sintiendo el goce de intrigar a sus amigos. Después, con el placer de un general que describe la batalla que ha ganado, les contó la inspiración que había tenido en Hyde Park y la forma en que la había realizado.

Pero cuando hubo terminado su relación, ni Arthur ni Mike parecían aprobarle, ambos tenían un aire descontento. John no comprendía. Nada reprochable encontraba en lo que había realizado.

Él era un hombre honrado como Arthur y Mike.

—¿Es que he hecho mal?—dijo finalmente.

—No. Mal, no. Pero...

—¿Qué?

A la Virgen del Socavón

Plegaria

Rumor de viento huracán
Sabor amargo de mina
de estaño, y copajira
acunan tu Evangélica Figura
de Santa Madre y Señora
Virgen de la Candelaria.

Escarcha de noche serena
orilla tu piel morena
en el agreste peñasco
de tu trono milenario

Y en la noche de frío escarpado
la luna enciende luceros
de rosa grana brillante
sobre tu corona blanca

El coplero alíplano
en su zampoña de viento
gime llorando su huayño
para rezarte un rosario
de sangre y de metal
desde su trono aimara
el wiraqucha Sajama

Las cumbres de genios hurraños...
cuajan en su cáliz nevado
blancos lirios de estaño
para engalanar tu imagen
de Santa Virgen Serrana.

Paloma en el cielo engarzada
por el arrullo encantado
de aquellos Urus de antaño
y de los legendarios mitayos
que en su silencio de siglos
convierten la roca en salario.

En remolinos de arena
danzan por la cintura del lago
enigmáticos quinquinos
ovillando sus charangos
para recibir el misterio
de tu Santa bendición.

Cristales de carnaval
lluvia de colores y luces
promesas de morenos y diablos
alumbran tu hermosura
en tu trono magistral.

Virgen del Socavón
soberana de los Andes
sol clemente del perdón
cubra tu Manto Sagrado
a Bolivia, mi nación. Amén

Eliseo Bilbao Ayaviri
Presidente de la Unión de Poetas
y Escritores de Cochabamba.



Desde entonces poco a poco comenzó a vivir una nueva vida. ¿Cómo lo llamaríamos? La vida de su esqueleto. El esqueleto había sido hasta entonces para John una cosa abstracta o una curiosidad de museo. Pero desde su visita a White Chapel, John lo sintió vivir en su ser, tomar una importancia insospechable. Los lugares en que se exhibían los esqueletos le atraían casi magnéticamente. En las noches soñaba con danzas macabras y se despertaba enseguida con la impresión de haber dormido con una piedra sobre el corazón. La sensibilidad táctil se le aguzó hasta percibir sus propios huesos como si sólo ellos existieran y no sentía la piel o la carne sino las costillas, el cráneo, los huesecillos de los pies o de las manos.

A veces en la calle, caminando en medio de la muchedumbre bulliciosa, sufría súbitamente alucinaciones extravagantes. Todos los cuerpos se despojaban de sus carnes o de sus trajes y no caminaban, se detenían o se sentaban sino como puros esqueletos. Otras veces tenía la sensación de que su cuerpo había desaparecido, de que no era sino un esqueleto pensante o viviente y de que así iba a quedar colgado por una eternidad en el frío gabinete del doctor Stevens.

John Reed entonces se acurrucaba en un rincón cualquiera y lloraba de terror. No comía. Casi no dormía. Los amigos que lo habían conocido alegre y sonriente, apenas podían creer que este ser macilento y taciturno que pasaba junto a ellos era el viejo John Reed. Mike y Arthur no habían revelado a nadie el secreto que conocían.

Una tarde, John vagaba abstraído, hundido en su angustia, por una de las callejuelas vecinas a Red Cross Road cuando se sintió como despertado por un gran alboroto que se producía en una callejuela lateral. John Reed vio una llamara gigante que saltaba por encima del techo de una casa. Instintivamente fue a mezclarse entre la gente que vía manobrar a los bomberos impotentes. Allí, de pie, en medio de las gentes que discutían de las bombas que tronaban, del rugido de las llamas, se sintió feliz como no lo había estado hacía mucho tiempo. Le pareció que respiraba de nuevo libremente, que un gran peligro se había apartado de su lado. Sus ojos fascinados seguían con deleite las llamas que como pétalos de enormes lirios rojos brotaban de la casa incendiada.

Después de contemplar un rato el fuego, John Reed se quitó la gorra, se pasó la mano por la frente pálida y en medio del asombro de las gentes cruzó corriendo entre las bombas, se metió por una puerta abierta y desapareció en la casa que ardía. La muchedumbre sorprendida se puso a gritar. Todas las miradas se clavaron en la puerta esperando ver salir a cada minuto al audaz que desafiaba a la muerte. Pero John Reed no volvió a aparecer.

* **Guillermo Francovich Salazar.**
Sucre, 1901- Río de Janeiro, 1999.
Dramaturgo, ensayista,
humanista y filósofo.

—Propiamente yo no lo habría hecho —dijo Mike.

—Ni yo —añadió Arthur. John sintió una vaga inquietud.

¿Y por qué? —preguntó.

Ni Mike, ni Arthur, supieron explicar por qué ellos no se hubieran atrevido a vender su esqueleto. Hasta la simple palabra les infundía reverencia, temor más bien John era más inteligente que Mike y Arthur y creyó comprender.

—Yo no soy supersticioso —dijo.

—No es superstición —observó Arthur—, pero no lo habría hecho.

La conversación se quedó ahí. Cuando John se fue a su casa, tenía una sensación de desagrado. No del negocio que había realizado. Sino de la charla. Y hubiera preferido no haberse encontrado con Mike y con Arthur.

III

La vida de John Reed continuó su curso normal. El dinero desapareció rápidamente y John casi había olvidado su famoso negocio, hasta que por casualidad se metió un día en el White Chapel Museum. Acababa de leer un periódico en la sala de lectura, de pie, junto a un judío que mascaba ajos, cuando decidió visitar la sala de museo que nunca había visto. Subió una escalinata de madera, cruzó el pasillo y se encontró en una pequeña sala completamente llena de vitrinas y estantes. John comenzó a recorrer las vitrinas. Se detuvo primero ante una colección de mariposas. Después una serie de animalitos, reproducidos en cera, atrajo su atención. Saludó con una sonrisa a una señorita que de súbito se le apareció sentada en medio de dos grandes peceras y comprendió que era la vigilante. Luego contempló con admiración una final plantas acuáticas. E iba a salir cuando de un rincón de sus ojos tropezaron con un esqueleto, que colgaba como olvidado entre dos enormes peces disecados. John nunca había mirado un esqueleto. Los pocos que había encontrado en su vida habían pasado delante de sus ojos sin detenerse su atención o recordándole a veces con sus narices chatas y sus dientes desnudos ciertas cara conocidas. Ahora John se sintió atraído fascinadoramente por el esqueleto se aproximó.

Era el esqueleto de un muchacho. Seguramente estaba colgado allí desde hacía mucho tiempo. Parecía cubierto de polvo. Alguien había escrito con lápiz en el frontal un nombre: "Agnes". Le faltaba un diente en la mandíbula superior.

John miró el esqueleto con curiosidad, detenidamente. Le sorprendió encontrarlo más simple de lo que a primera vista parecía. Le admiraba la fragilidad de las costillas y el pulimento perfecto de los fémures. Después se entretuvo calculando el precio. Pero de pronto, en su cerebro asomó una idea.

Cuando yo... John se estremeció. Con un esfuerzo violento estranguló la idea que quería surgir. Y casi corriendo salió a la calle.

René Alejandro Canedo

René Alejandro Canedo Peñaranda. Cantautor y poeta (La Paz, 1975). Ha publicado: *poemasesino* (2014), *urbanos* (2015), *bitácora* (2015), *nervaduras* (2016), en colaboración con el fotógrafo Fernando Miranda.



árbol necrológico

cercenadas
sin mundo
poco antes de mediodía
las almas colman tus afanes
el escritorio puede ser propicio
para esta puerta del olvido
encaramas fotografías
sobre velos y resuellos del vino
inventariando a los perdidos
así retornaran del infierno

a Las Tías

poemasesino

¿Poeta?
reptas sobre silencios ecos de tu agonía
codicia espumosa chorrea tus comisuras
intentaste poseer lo hasta matarte
se defendió
sedujo tu propio deseo
pregúntate si descifraste un solo misterio
agotado (matarse cansa) ahora sabes
escribir fue transcribir tus cicatrices

política tragicómica

tercos cadáveres a diestra y siniestra
pese a ventiscas históricas que los merma
persisten erguidos
izan sus etiquetas:
equilibristas
lisonjeros
demagogos recauchutados
-versión corporativista-
etcétera etcétera etcétera
el poder deletrea erráticamente
aquello que vislumbra
y reivindica
pero no aprende
y no hay psicopedagogía política
que sortee impedimentos
atávicos
es tiempo de sadomasoquismo colectivo a granel
contorsiones políticas
desfiles esotéricos
¡atención!
¡himno nacional loro general!

poemas

cachivache
de trastienda
de trapo, artesanales
de segunda mano o venta de garaje
no esperan conmovir almas
más bien estrangularlas
en pleno suspiro
ponerles zancadillas a sus
procesiones de ilusiones desportilladas
picar ojos llorosos
negar consuelo por sufrimientos
y tendencias esquizofrénicas
poemas de serenata
en ventanal equivocado
provistos de rechiflas portátiles
previendo triunfos gratuitos,
lisonjas o rútiles indulgentes
ya lo dice algún estribillo
por demás presuntuoso:
¡morir antes que esclavos escribir!
indefinibles
esquivos a recursos de clarividencia
o quiromancia exégeta
a juzgar por la complexión del progenitor,
disponen estructura ósea
orificios enigmáticos
prominencias veleidosas
ni más abajo ni más arriba
en cualquier cadena alimenticia
¿alados, rastreros? ¿inflamables?
dependerá del linaje de aquello
que creen-provoquen-evoquen
y de la astucia (o condescendencia)
de quien vislumbra su despliegue
por el momento metamorfosean
en hipótesis especulares
de quien transcribe
eso sí
más que probable carroñero
dipsómanos poemas
beneméritos de la guerra del chasco
con el testamento bajo el verso:
¡volveré y seré reediciones!

memorable poética

escribía deseándote buen viaje
tenlo presente
siempre espero tu retorno
entretanto remito
algunos bocadillos agridulces
de los que añoramos
cuando coincidimos estelarmente
¿recuerdas poética?
malbaraté el viejo reloj atorado
para saldar cuentas mientras ojeabas
estos poemas trancos celebratorios
y tristes que siempre mascullo
en diálogo con tu recuerdo
procura descansar en tu trayecto
te noté exhausta
mientras desperezabas nostalgias
peinando tus canas emergentes
si regresaras
ojalá puedas traer buen vino del sur
hablé a los amigos del que
bebimos en tu última estación
y esta noche están alborotados
con tu posible advenimiento
pierde cuidado
guardo aún el vetusto reloj de
siempre para compensarte con eternidad,
a la salud de tu retorno e irremediables partidas
poética
manifiesto sincero deseo
porque conozcas personas más buenas/
que te den lo que no pude darte/
aunque ya te haya dado mi todo
(dixit: José Alfredo Jiménez)
mas, no borres estas cicatrices
con alguien muy distinto de mí
guardo ilusión porque en su mirada
en su voz de algún recuerdes
porque te observe y nombre
como hago desde antes de conocerte
escribeme poética
si en una pausa de tu largo viaje
quisieras entrelinearte para retornar
y convencerme de no morir

El Inca Garcilaso de la Vega

Fragmento del ensayo escrito por el Antropólogo Álvaro Condarco Castellón en homenaje al IV Centenario del fallecimiento del Inca Garcilaso de la Vega (Perú, 12 de abril de 1539 – España, 23 de abril de 1616)

Primera de dos partes

El descubrimiento de América, y su profunda repercusión en Europa, hizo necesaria la relación que describiese los pueblos conquistados, introduciendo la etnografía como método de la historiografía; los primeros conquistadores fueron una especie de reporteros y comentaristas de sus viajes, describiendo lo que veían, eran testigos presenciales y actores de los hechos. Cieza de León, dice: "cuando otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo... escribir y seguir a mi bandera y capitán..."; tal fue su oficio o sus dos oficios como, de tantos otros descubridores y cronistas.

Las crónicas de la conquista son la primera historia peruana, porque no hay patria sin historia. La leyenda y el mito, la simple tradición oral de los pueblos primitivos son fuentes remotas de la historia, pero no la constituyen todavía. La historia aclara la conciencia de los hechos, y da al hombre la capacidad y la necesidad de comprobarlos. Pero para que haya historia cabal se necesita haber llegado a la escritura. Los pueblos que no han alcanzado la escritura -dice Shotwell- viven dentro del dominio del tabú y del folklore.

Los Incas trataron infructuosamente de preservar sus recuerdos históricos del olvido. Ese intento frustrado fueron los quipus. Los cronistas castellanos vendrían a redimir del olvido los restos de la poesía heroica de los Incas y la tradición oral histórica de los quipucamayos para fijarlos perdurablemente en lengua y escritura castellanas, extrayendo así los mitos y leyendas de la niebla confusa de la pre-historia y los incorporaron a nuestra conciencia actual.

La crónica implica una cercanía en el lugar y en el tiempo. Los cronistas viven en el espíritu de los acontecimientos que describen y pertenecen a él. El historiador vive fuera de ese ámbito inmediato y trata de penetrar en él o de reconstruirlo, pero con un espíritu distinto de los hechos que narra. El mayor mérito de un historiador es el de que el lector lo considere y lo crea como a un testigo de la época. El don del cronista es pues la presencialidad, que da a sus palabras el sabor peculiar de la vida.

El Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un conquistador español y de una niña incaica, no sólo es uno de los primeros mestizos americanos, sino que es, espiritualmente, el primer peruano. En él se funden las dos razas antagónicas de la conquista, unidas ya en el abrazo fecundo del mestizaje, pero se sueldan, además, las dos culturas, hostiles y disímiles, del Tahuantinsuyo pre-histórico y del Renacimiento español. La síntesis original y airosa de este connubio histórico son los *Comentarios Reales*. Con ellos nace espiritualmente el Perú. La crónica seca y notarial de la conquista, vindicativa y laudatoria, se alumbra de amor en las páginas llenas de ternura y suave emoción del Inca Garcilaso, en las que apunta, por primera vez, el sentimiento hondo y subyugante de una patria peruana.

El Inca Garcilaso de la Vega, nació en el Cuzco el 12 de abril de 1539. Su madre, Chimpu Oello, fue, según él declara, nieta del

Emperador Túpac Inca Yupanqui, por lo tanto sobrina de Huayna Capac y prima de los últimos monarcas, los infortunados hermanos y rivales Huáscar y Atahualpa.

En cuanto al padre del ilustre personaje, lo fue el capitán Garcilaso de la Vega Vargas, nacido en Badajoz, de Extremadura y uno de los nueve hijos de Alonso Hinestrosa de Vargas y de su esposa doña Blanca de Sotomayor.

Garcilaso se inicia como escritor, pasados los cincuenta años. En 1590 publica en Madrid una traducción de los *Diálogos de Amor* de León el Hebreo. En 1605 publica la *Florida*, o historia del descubrimiento de aquella península por Hernando de Soto y, en 1609, la *Primera Parte de los Comentarios reales*, a los setenta años. Las hojas frescas de tinta de la *Segunda Parte*, que él no verá impresa,



quedarían en la casa del impresor cordobés Andrés Barrera, al tiempo de su muerte.

En la primera parte de los *Comentarios reales*, Garcilaso quiso darnos su versión del Imperio de los Incas, impulsado por el ritmo de sus recuerdos, se puso a escribir, cuarenta años después de haber dejado el Cuzco, la historia y las tradiciones del pueblo incaico que había escuchado siendo niño a sus parientes maternos. Esa versión ha sido tachada, por lo general, sobre todo en el siglo XIX, de falsa, parcial o engañosa. Se ha atribuido a Garcilaso una tendencia imaginativa o novelesca. La crítica peruana novecentista, encarnada en Riva-Agüero, ha desbaratado esa interpretación y restablecido la fidelidad de Garcilaso a sus fuentes de información. Hoy queda establecido que Garcilaso no mintió ni inventó, sino que recogió, con exactitud y cariño filiales, la tradición cuzqueña imperial, naturalmente ponderativa de las hazañas de los Incas y defensora de sus actos y costumbres.

De conformidad con esta tradición imperial y no por voluntad propia, Garcilaso silenció, o más bien desconoció, los hechos de la historia pre-incaica y gran parte de la historia provincial. Estos son los defectos que más se han argüido contra su imparcialidad. Para Garcilaso, como para sus parientes cuzqueños, la civilización comenzó con los Incas. En todas las partes de su obra, restalla su desprecio por los pueblos que antecedieron a los Incas y para las tribus sometidas por éstos. De los chiriguano dice que "viven como bestias y peores, porque no llegó a ellos la doctrina y

enseñanza de los Reyes Incas". Acepta para estos indios todos los cargos que rechaza para los Incas: reconoce que practicaban sacrificios humanos, que comían carne humana, aún la de sus propios hijos y que practicaban vicios contra natura. De los pueblos pre-incaicos dice, contra los datos de la arqueología moderna, que "no tenían calles, ni plazas, sino como un recogadero de bestias".

Garcilaso, nos ha dado, pues, un Imperio depurado, según la tradición oficial cuzqueña. En esta visión, se omiten naturalmente revoluciones, traiciones, cobardías, crueldades, actos de barbarie, propios de un imperio primitivo. Riva-Agüero dice, por esto, que la versión garcilasista ha pasado por tres deformaciones: 1) la de los quipucamayocs del Imperio, que omitieron todos los hechos dañosos o desfavorables, al recoger su historia cortesana; 2) la de

crueldades inauditas de la guerra entre Huáscar y Atahualpa, y aún de las conquistas de Huayna Cápac, de las que recibió una información más directa y menos censurada por la desaparición de los órganos oficiales del incario. Llevado por esta corriente el Inca omite batallas y luchas cruentas, destrucciones de pueblos, que aparecen en el recuerdo sangriento de las tradiciones provinciales, principalmente en Santa Cruz Pachacutic, Huamán Poma de Ayala, Cabello Balboa y Sarmiento de Gamboa. Ahí está todo el aparejo de cabezas-trofeos, de tambores humanos, de cuerpos pisados por los triunfadores, que se han esfumado de la sonriente versión garcilasista. Esto no excluye, por cierto, la existencia de un régimen patriarcal, en el que no obstante el absorbente despotismo del Inca y de la casta real, se hubieran abierto paso algunas ideas altruistas de justicia económica y de asistencia social.

La versión de Garcilaso del Incario, no es sin embargo falsa ni mendaz. Es simplemente unilateral. Oyó y contó principalmente lo favorable, lo que exaltaba la memoria del Imperio perdido y no lo que hubiera justificado su desaparición. Hay que buscar lo que él quiso darnos, los méritos y no los defectos, las excelencias y los aciertos que fueron grandes en la mayor y más adelantada civilización indígena de la América del Sur. Y él nos dirá verdad cuando nos hable de los orígenes del Cuzco, de las virtudes y hazañas del pueblo de los Incas, de la grandeza de sus monumentos, de sus dioses y de sus leyes providas, del orden y bienestar del Imperio, de las riquezas de la tierra y del trabajo, de las escuelas y de las fiestas, de los haravicus y los amautas. En él hallaremos también la ponderación de los frutos y los metales, de las plantas autóctonas, del molle y la coca, de las pacíficas llamas y de las aves de tierra y agua, y sobre todo, el elogio de la tierra y la imperial ciudad del Cuzco, intacta en su memoria con sus barrios totémicos, su templo del Sol resplandeciente de oro y su fortaleza ciclópica que nadie ha descrito con más admiración y ternura que el Inca nostálgico.

La *Segunda Parte de los Comentarios reales*, comprende el relato del descubrimiento, conquista y guerras civiles del Perú. El Inca declara que escribe esta parte de su historia "para celebrar las grandezas de los heroicos españoles que con su valor y ciencia militar ganaron para su Dios y para su Rey y para sí, aqueste rico imperio, cuyos nombres, dignos de cedro, viven en el libro de la vida y vivirán inmortales en la memoria de los mortales". Frases como éstas se multiplican en su libro, a la par que la alabanza de su estirpe y su sensibilidad india, demostrando la anchura y generosidad de su espíritu, incapaz de ningún exclusivismo.

Continuad

BARAJA DE TINTA

*Homenaje al IV Centenario de la muerte del novelista, poeta y dramaturgo español
Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares, 1547 - Madrid, 1616)*

Última Carta de Don Quijote a Sancho

Por Julio Ameller

A punto de morir de amarga muerte
que me deparan Curas y Carrascos
hoy me place escribirte cual solía
en épocas mejores mi buen Sancho.

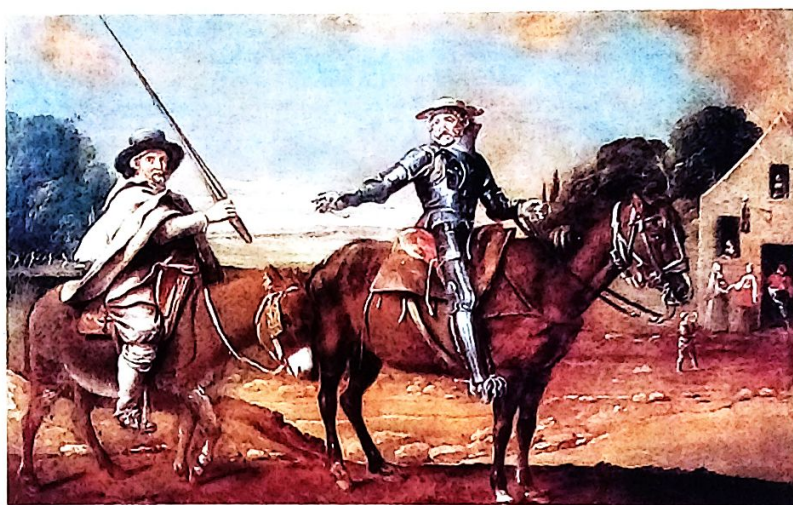
Bien lo sabes...

Belianis, Palmerín y Florismarte
armaron de valor este mi brazo,
y Amadís, que de Urganda es noble amigo,
me enseñó que el amor nunca fue vano.

Tales los guías que el destino puso
junto a mi vera. Yo, de claro en claro,
sus razones caté pues no gustara
hasta entonces mi sed mosto que tanto
embriagara cual logran los que saben
hacer de la verdad sólo un engaño.
Rocinante llevóme por senderos
que mi impaciencia denostaba largos
en los que, tú lo sabes, los castillos
en ventas convirtió Frestón el mago.
Desfací entuertos, desmañé gigantes,
por doncellas se esforzó mi brazo
y de triunfos en todas estas lides
nunca el destino resultóme avaro.

Hirióme luego el que juega niño
ciego inocente, con sutiles dardos,
y fue mi Dulcinea la que supo
llenar de mi tristeza el triste vaso.
Nunca miraron ojos cual los suyos
que de la aurora son Adelantados.
Es por ella, por ella, tú lo sabes,
que cantan en el alba los regatos
y por ella, también, que de pesares
vivió muriendo aqueste herido hidalgo.

Fue mi Filis, Angélica, Luscinda,
Madásima la Reina, fue el regalo
que me hicieron los dioses al quererme
de suspiros señor, señor de llanto.
Por ella fui a la vez don Durandarte,
Montalván valeroso, triste Orlando,
gemidor Espladián, Bernardo el fuerte
y el dulce Darinel enamorado,
pues siendo aquel amor suma de todos,



por a todos supe amar sin ser amado.
¡Ah tiempos los de ayer!
Tiempos mejores
para siempre perdidos mi buen Sancho.
Para qué recordar si la memoria
es de los dones el más cruel y amargo.

Y debo referirte los motivos
que inducen a escribirte tan al cabo,
a quien urgido a morir ya muere
por culpa de Sansones y Carrascos.
La razón recobré. Tal lo confirman
quienes odian la estrella y el milagro
y el Don Quijote que hasta ayer soñaba
ha retornado a ser el buen Quijano.
Siempre el soñar condujo a desventura.
Por soñar fuimos ambos, buen hermano,
dos ilusos que hicimos nuestras armas
en combates que a todos son extraños.
Molinos convertimos en gigantes
y llamados a expiar todo pecado,
a diario equivocamos los yangües
que nos midieron con sus duros palos.

Dulcinea, mi hermano, fue mentira
y sólo fue verdad lo de mi llanto

Marchamos por el mundo siempre solos
creyendo que mi lanza iba alumbrando.
Ya la he guardado. Para siempre duerme.
No pretenda tomarla algún villano
que de saberlo de mi tumba fuera
capaz de levantarme, y llamando
a la tuya, ¡oh espejo de escuderos!
limpiara aqueste mundo de un lanzazo
poniendo en su lugar a los canallas
que pretenden vestirse de Quijanos.

Y olvidaba el motivo de esta carta.
Sancho Panza, sin par, amigo Sancho:
olvida los luceros y las ínsulas
y recuerda al demente que del barro
quiso forjar estrellas porque alumbren
los senderos del mundo tan amargos.

Esta carta es mi adiós. Eso era todo.
No me llores, amigo, son tan raros
los que aún saben llorar... Me voy sin pena.
Es tan grande y tan hondo mi cansancio...
Límpiate las narices, no seas tonto.
Hay que partir a tiempo mi buen Sancho.
No me llores, amigo, no me llores.
Que Dios nos dé su paz, al fin y al cabo.

Julio Ameller Ramallo. Sucre, 1914 - 1977. Uno de los más significativos poetas del Parnaso Nacional. Evocando el mensaje de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" de Miguel de Cervantes, escribió dos epístolas poéticas: "Última carta de Don Quijote a Sancho" y la respuesta del fiel escudero a su mentor, que aparecerá en la siguiente edición.